

SEMBLANZA DEL INGENIERO JOAQUÍN VALLEJO ARBELÁEZ

Evelio Ramírez Martínez

Pródiga ha sido la Providencia con este pueblo de Antioquia, enclavado en la más abrupta montaña andina, al compensarle esa su gran desventaja física, poblándolo con un grupo humano de tal calidad que, el mismo, en esta agreste geografía ha logrado conformar una civilización de destino, entre las muchas que hoy integran el mundo. Pero si todo ese grupo humano de sobresalientes valores de Antioquia lo colocáramos en fila india, ordenada de acuerdo a los méritos individuales de cada uno de ellos, yo estoy seguro que Joaquín Vallejo ocuparía uno de los primeros puestos de esa larga fila.

Joaquín Vallejo Arbeláez, el socio Honorario de esta Academia a quien la misma hoy quiere rendir sentido tributo fue el humanista que dotado de inteligencia sobresaliente y de agudo talento, incursionó con propiedad en los diversos campos del saber humano, dejando en su obra la huella imborrable de sus conocimientos, de su cultura y, ante todo, de su identidad con el hombre y sus problemas, pues siempre en su meritoria existencia, puso su voluntad al servicio de sus semejantes.

Vallejo fue un brillante ingeniero que desde su juventud mostró su vocación por esta noble profesión, al fundar en la Escuela de Minas como estudiante por allá en la tercera década de la centuria pasada, la revista "Dyna". Hoy, ese magazine, que todavía se edita en el histórico claustro, es uno de los órganos de divulgación científica y técnica que goza de mayor tradición en el país.

Fue también nuestro hoy homenajeado académico, un estudioso del problema de la educación en Colombia, pues siendo aún persona muy joven, ocupó la dirección del Liceo Antioqueño y la Secretaria de Educación Departamental, para de allí viajar a París a profundizar sus conocimientos sobre tan importante tema. Al regresar, se compromete a fondo en la fundación de una

institución para la educación de las mujeres que impartiera a las mismas una formación que les habilitara para ingresar a la universidad. Apareció entonces el Instituto Central Femenino, quizás una de las obras de vanguardia educativa más importante que alguna vez haya acometido el país.

Fue también el doctor Vallejo un conocedor profundo de los temas de la economía como bien lo confirman muchos de sus comentarios al respecto, algunos de los cuales bien vale la pena mencionar porque los mismos siguen teniendo permanente actualidad, ya que a ellos todo día hace referencia la opinión. Temas como el de la intervención del Estado en la economía, como el de la productividad, como el de la integración andina fueron analizados con maestría y conocimiento profundo por el ilustre antioqueño a quien hoy rendimos este homenaje.

No puede olvidarse que Joaquín Vallejo ocupó primero el Ministerio de Fomento en el gobierno de la Junta Militar y el de Hacienda en el gobierno del doctor Guillermo León Valencia. Su desempeño en ambas carteras fue ejemplar y su éxito lo consagra en el tiempo el llamado “plan Vallejo”, algunas de cuyas normas fueran recogidas en el famoso “consenso de Washington”, promulgado treinta y cinco años después. .

Pero si en el plano de la economía fue tan meritoria la labor del ingeniero Vallejo, en el campo de la sociología su desempeño fue igualmente brillante como bien lo muestran sus comentarios sobre diversos tópicos sociales de avanzada, tales como la reforma agraria, la reforma urbana, el salario mínimo, las encíclicas de tipo social, para solo mencionar unos pocos.

Hay, sin embargo, un campo de la actividad intelectual en el cual el doctor Vallejo incursionara con éxito pero de pocos conocido y éste es el de la filosofía. Alguna vez, después que tuve la feliz oportunidad de asistir a una selecta charla sostenida entre el brillante matemático e ingeniero español Fernández Casado y nuestro homenajeado hoy, me atreví a preguntarle a éste: ¿Cómo había logrado adquirir ese profundo conocimiento de las ciencias exactas, él me respondió en seguida: necesité profundizar mi conocimiento de las ciencias matemáticas, porque lo requería para poder avanzar en el estudio de la filosofía. No cabe ninguna duda, que en el campo de la filosofía, el benemérito académico a quien ahora rendimos homenaje, lograra un avance tal, que el mismo le permitió elaborar brillantes ensayos sobre la ciencia, la fé, la libertad, el tiempo, el Creador, para solo mencionar algunos de ellos.

Pero para mejor conocer las virtudes que adornaron la personalidad de Joaquín Vallejo, yo me voy a permitir, con la venia de ustedes, recordar cuatro distintos momentos de mi vida en los cuales tuve la oportunidad y el privilegio de escuchar de labios del mismo, las sabias enseñanzas, enseñanzas

que crearon en mi la convicción de que él era, cual nuevo Moisés, uno de los seres predestinados por la Providencia para señalarle caminos de progreso a su pueblo, Colombia.

El primero de esos encuentros se dio cuando este modesto servidor de ustedes ocupaba el honorífico cargo de Alcalde de la ciudad y, el doctor Vallejo entonces, formaba parte de la Junta Directiva de las Empresas Públicas de la ciudad. En alguna oportunidad tuve la suerte de viajar en compañía del muy ilustre ciudadano hasta la central de Guadalupe y escucharle su sabia exposición respecto a la importancia de los servicios públicos y, muy especialmente, la trascendencia de la capitalización social lograda a través de entes públicos autónomos como lo eran las Empresas, los cuales paulatinamente se convertían a través de la capitalización de sus rendimientos, en empresas cuyo único dueño era la comunidad. Hoy, cuando el organismo autónomo municipal muestra un balance cuyo patrimonio es un poco superior a los 8 billones de pesos, podemos apreciar la importancia de esa capitalización de la que Vallejo Arbeláez hablara desde el año 1964.

No menos importante resulta otro momento de mi vida, cuando en compañía del doctor Vallejo, tuve la oportunidad de visitar algunos centros de la cultura mexicana asentados precisamente en la ciudad capital del gran país de los Aztecas. El ilustre académico había viajado allí como Ministro de Hacienda de Colombia a representar al país en la asamblea anual del Banco Interamericano y yo como delegado de las Empresas Públicas, al mismo evento. Al terminar el encuentro, los asistentes al mismo fuimos invitados a una especie de tour cultural que recorrió muchos sitios donde se conserva ese inmenso legado de México a la cultura ecuménica. En el recorrido por estos lugares, yo estuve cerca al doctor Vallejo, quien gentilmente me suministraba explicaciones atinentes a todo lo que encontrábamos en nuestro recorrido. Fue así como escuche al ilustre ingeniero, hablar de las culturas precolombinas con las que allí tropezaron los españoles: la maya y la azteca; de Cortés y sus hombres; de Moctezuma y su muerte; en fin, de todo ese doloroso proceso de aniquilación de una cultura cuyos valores siguen produciendo asombro a los antropólogos modernos. En otro sitio me explicó con detalles la historia del México independiente desde la época en que se dio el llamado grito de Dolores hasta la aparición del PRI, pasando por el período del imperio, el triunfo de Benito Juárez y la dictadura de don Porfirio Díaz.

En el museo, hizo también el entonces ministro comentarios valiosos sobre el arte mexicano, especialmente el de los muralistas Rivera, Sequeiros y Orozco, los que según su opinión, habían creado una escuela latinoamericana autóctona que, según criterio suyo, se extendería a todos los sitios de América

Latina, tal como había ocurrido ya en Colombia con artistas como Pedronel Gómez, Débora Arango, Ignacio Gómez Jaramillo y Carlos Correa.

Confieso que ante esa cultura avasalladora, ese día sentí envidia de la buena, pero más que envidia orgullo de colombiano, al ver como el jefe de la delegación de mi país, mi paisano y colega, colocaba tan alto el nombre de la patria a través de conocimientos ecuménicos, los mismos que generaban admiración entre quienes escuchábamos su disertación.

Otro momento importante de mi vida, en el cual tuve también el privilegio de estar cerca del doctor Vallejo, se dio cuando juntos asistimos a un evento religioso al que fuimos cordialmente invitados por nuestro común amigo Octavio Arizmendi. En las charlas que allí sostuvimos, pude apreciar su gran conocimiento del Evangelio y sus convicciones de cristiano comprometido con el cambio social que se hacía indispensable, para que así ese cristianismo alcanzara plena vigencia. Recordaba yo entonces en esas deliberaciones, el magnífico ensayo alguna vez surgido de su pluma maestra, al cual había colocado el significativo título de “Los confines de la ciencia y la fe!”, ensayo que solo había podido ser cabalmente elaborado por alguien, conocedor de los principios que rigen la ciencia, pero, a la vez, persuadido de la existencia del Ser Primigenio.

Finalmente, ya en la segunda mitad de la década anterior, tuve el honor de ser designado por la Universidad de Antioquia en compañía del doctor Vallejo Arbeláez, asesores de la revista editada por la Facultad de Ingeniería de dicho centro docente entonces. Periódicamente se nos citaba a reunión por parte del Comité Editor del magazine y tenía yo entonces la oportunidad de dialogar con el sabio Maestro a quien, al terminar el encuentro, acompañaba hasta la puerta de su residencia. En ese reducido lapso me hacía recuento minucioso de los artículos comentados en la reunión, que serían publicados en la edición siguiente de la revista. Dichos artículos hacían referencia a distintos y variados temas atinentes a diversas ramas de la ingeniería. Sin embargo el doctor Vallejo con propiedad se refería a los mismos, mostrando de esta manera su permanente información sobre el avance científico ocurrido en el mundo, la misma que le permitía incursionar en diversos campos de la ingeniería y formular valiosas críticas a los comentarios a ser publicados en la susodicha revista

Esta es apenas reducida síntesis de la biografía de un ilustre colombiano que honrara esta academia al participar en ella con el grado de Miembro Honorario. Yo solo quiero, para terminar, darle el mismo título que un día le otorgara el señor Presidente Belisario Betancur al llamarlo: **Prócer civil y varón de virtudes. Loor a sus méritos y honor a su memoria.**

RESOLUCIÓN N° 001 DE 2006

Por medio de la cual se expresa el duelo por la muerte de un insigne académico

La Academia Antioqueña de Historia

CONSIDERANDO:

- A. Que en el día de ayer, 10 de enero, falleció en esta ciudad el ilustre académico, don Ernesto Barrientos Díez.
- B. Que don Ernesto Barrientos perteneció a la Academia Antioqueña de Historia como Miembro Correspondiente desde el 2 de julio de 1985, y como Miembro Numerario desde el 7 de abril de 1987, hasta su doloroso deceso, ocupando el sillón número 19 al que honró con perseverancia y constante lealtad en épocas difíciles para la institución.
- C. Que fue entusiasta cultivador de la memoria del Libertador como miembro de la Sociedad Bolivariana de Antioquia y devoto de la historia de su patria chica, Fredonia, donde fundó y orientó el Centro de Historia por muchos años y sostuvo la publicación de la revista *Fredonia Histórica*.
- D. Que en el ejercicio literario se destacó en el ensayo, en el periodismo, en la historia y en el costumbrismo con temas de genuino sabor antioqueño,

RESUELVE:

Artículo 1º. Hacer público el sentimiento de pesar por el fallecimiento del ilustre miembro de esta corporación don Ernesto Barrientos Díez.

Artículo 2º. Acompañar oficialmente a la familia Barrientos en las honras fúnebres por el alma de don Ernesto y hacer celebrar la Eucaristía en sesión especial de la Academia.

Artículo 3º. Entregar copia de la presente resolución en nota de estilo a su digna esposa doña Olga Pérez e hijos.

Dada en Medellín a los 11 días del mes de enero de 2006.

José María Bravo Betancur

Presidente

Luis Javier Villegas Botero

Vicepresidente

Demetrio Quintero Quintero

Secretario General